

El ejemplo de Grau *

HECTOR LOPEZ MARTINEZ

Como todos los años, desde hace más de una centuria, cada 8 de octubre el Perú rinde homenaje a la memoria insigne del Almirante Grau y a nuestra Marina de Guerra. Ciertamente resulta tarea muy difícil recordar a Grau sin transitar, una vez más, por los caminos del justificado y merecidísimo elogio que le brindaron al héroe figuras tan señeras de nuestras letras como Manuel González Prada, José de la Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea o José Luis Bustamante y Rivero.

Pocas, poquísimas trayectorias humanas tan limpias, completas y aleccionadoras como la de Grau. Este hombre, sin embargo, no era un santo ni tampoco un anacoreta aislado del mundo y sus contingencias. Por lo contrario, su existencia fue dura y azarosa, rebosante de experiencias y de humanidad, dándonos desde niño una magistral lección de cómo se pueden superar limitaciones y dificultades hasta lograr un bagaje espiritual que lo convirtió en modelo de virtudes ciudadanas ante sus contemporáneos y la posteridad.

En un reciente y magnífico trabajo la historiadora Ella Dunbar Temple¹ ha tratado con maciza erudición las circunstancias del nacimiento y primeros años de nuestro Almirante. La infancia sin ternura materna, el enfrentarse a los riesgos de la mar desde niño, el durísimo aprendizaje de los secretos de la navegación, las interminables singladuras por todos los océanos, fueron forjando un carácter singular, nobilísimo, disciplinado, rudo incluso cuando fue menester, pero al mismo tiempo cálido, comprensivo y fraterno para con todos aquellos que tuvieron el privilegio de conocerle.

En el espíritu de Grau no hubo nunca lugar para el desaliento o la amargura, para pequeñeces y miserias por desgracia tan propias de la humana condición. Por eso en Grau no debemos ver tan sólo al marino que defiende a la patria cumpliendo sus obligaciones más allá del deber, inmolándose conscientemente para defender la honra del Perú, sino al hombre cuya vida

* Discurso de Orden en Homenaje a la Marina de Guerra del Perú, en la sesión solemne de la Sociedad Fundadores de la Independencia, Vencedores del 2 de Mayo de 1866 y Defensores Calificados de la Patria. 08—10—82.

profesional, de padre y esposo, de ciudadano, de amigo, fue y será verdadero arquetipo de nobleza, gallardía, sentido del deber, fe cristiana y humildad.

Cuán útil les sería recordar la trayectoria de Grau a quienes sucumben fácilmente ante la primera dificultad que les ofrece la vida; a quienes culpan a circunstancias negativas o a limitaciones de cualquier índole el no lograr un lugar decoroso o destacado en la sociedad. Por eso insisto en la idea de que en cualquier circunstancia, pero con mayor urgencia en horas difíciles como la presente, en que la escala de valores parece alterarse, en que algunos descariados pretenden hacer prevalecer la violencia sobre la ley, la materia sobre el espíritu, el recuerdo de Grau cobra plena vigencia y hacia él debemos volver nuestras miradas los peruanos ya que se nos ofrece como ejemplo insuperable.

Miguel Grau, por sus calidades personales, no sólo conquistó la general simpatía y afecto de las gentes, sino que sin buscarlo ni quererlo, por mérito propio, se convirtió en el gonfalonero brillantísimo de la más notable y sacrificada generación de marinos que ha tenido nuestra patria. Las virtudes morales y profesionales de Grau encontraron en nuestra Marina de Guerra el marco apropiado para potenciarse y proyectarse en páginas inmortales de la historia nacional.

No sólo al momento de la prueba suprema, cuando el ambicioso y depredador enemigo del sur nos declara la guerra, sino desde muchos años antes, marinos como Aurelio García y García, Camilo Carrillo, Lizardo Montero y tantos otros más, dieron al país, junto a Grau, cumplida muestra de su vocación de servicio a la causa sagrada y permanente del Perú, convirtiéndose en verdaderos promotores de la modernización de nuestra institución naval, al mismo tiempo que, con sus recomendaciones e iniciativas, contribuían al avance tecnológico, científico y de las ideas políticas en el Perú en una época tan fecunda para el progreso de la humanidad como fue la última porción del siglo XIX.

Por eso Miguel Grau, en su deseo ferviente de servir al Perú, no se contenta tan sólo con ser nuestro mejor marino tanto en la actividad mercante como dentro de nuestra gloriosa Marina de Guerra, sino que no rechaza el pedido de quienes piensan acertadamente que su presencia en el Parlamento puede ser muy útil al país, ya que hombres como él, patriotas, honestos y con gran sentido de responsabilidad, eran precisamente los que se necesitaban para ocuparse de la cosa pública en una coyuntura difícilísima de nuestra vida nacional.

No es simple coincidencia, no es casualidad que junto a Grau lleguen también al Congreso y a los gabinetes ministeriales marinos como Camilo Carrillo, Aurelio García y García o Lizardo Montero, a quienes hemos mencionado ya. Ellos representan lo que podría llamarse "el espíritu de 1872", vale decir, la decisión inalterable de romper con un estado de cosas político anacrónico y negativo, para entregarle al pueblo soberano el derecho de elegir sus gobernantes.

Cuando los hermanos Gutiérrez dan inicio a su temeraria, fugaz y sangrienta aventura, nuestra Marina de Guerra, con la celeridad que exigía momento tan crucial y dramático, toma una decisión que la honra y que constituye una de las páginas más luminosas de su historia. Pero no sólo es preciso destacar el gesto de nuestros oficiales de Marina que rechazan el pronunciamiento que pretende atropellar la voluntad popular que desea a Manuel Pardo como Presidente de la República, sino la determinación consciente y magnífica, muchas veces reiterada a lo largo del tiempo, de poner la fuerza de las armas al servicio de la Constitución, al servicio de la ley.

El manifiesto de la Armada Nacional del 23 de julio de 1872, suscrito por jefes y oficiales, rechazando el pronunciamiento de los hermanos Gutiérrez, contiene conceptos que han sido siempre faro refulgente en la trayectoria de las generaciones posteriores de nuestra Marina de Guerra. Se dice allí que, “ajenos a toda liga personal —nuestros marinos— no reconocen otra regla de conducta que la emanada o dirigida al fiel cumplimiento de las instituciones patrias”². Se dice también que para restablecer el régimen constitucional le cabe a la Marina de Guerra la fortuna de ser la primera en ofrecer su patriótico contingente y poner al servicio de la Nación los elementos materiales con que cuenta. Concluye el histórico manifiesto con estos enaltecidos términos: “En nuestro camino nos asiste la más firme persuasión de encontrar a todos los buenos ciudadanos y que unidos para combatir la anarquía podamos devolver a los legítimos representantes de la voluntad nacional la independencia que requiere el ejercicio de sus augustas funciones”³.

Este respeto por la ley públicamente manifestado por nuestra Marina de Guerra no fue episodio singular, gesto solitario y sin eco que a la postre pudo quedar tan sólo como una anécdota. La Marina de Guerra del Perú, a través de su historia, siempre ha sido la fuente en donde ha bebido el alma nacional en horas de peligro, de congoja o de opresión. En momentos cruciales, de conflicto interno o externo, el Perú ha vuelto los ojos hacia su Marina de Guerra en busca de apoyo, de aliento, de un derrotero preciso porque sabe que ella es la mejor y más firme custodia de nuestra identidad nacional, de nuestro estilo de vida occidental y cristiano, que tanto apostrofan hoy quienes quieren imponer entre nosotros doctrinas foráneas, disociadoras, fratricidas y ateas. Por todas estas razones podemos decir que nuestra Marina de Guerra es uno de los más sólidos pilares que sustentan y nutren los valores de la peruanidad.

Demasiado extenso sería tratar el tema de la influencia política, importantísima por otra parte, que ejercieron varios de nuestros marinos dentro del marco constitucional en los regímenes de Manuel Pardo y Mariano Ignacio Prado. Senadores, diputados, ministros, como ya dijimos, nuestros oficiales de Marina aportaron a la función política no sólo patriotismo y honestidad acrisolados, sino también capacidad, energía y talento en la solución de problemas, cada vez más arduos y agobiantes, que tendrían como colofón la guerra con Chile. Entonces nuestros marinos trocaron el escaño parlamentario por su puesto de comando en los diversos buques de la Armada

para seguir sirviendo al Perú, para ofrecerle la vida con generosidad, porque así lo exigía la defensa de la integridad territorial y del honor patrio.

Diremos tan sólo dos palabras sobre la trayectoria política de Miguel Grau y su preocupación constante por la defensa nacional. En una carta que dirigiera el héroe al historiador Benjamín Vicuña Mackenna —a propósito del asesinato de Manuel Pardo— le dice que tanto él como García y García y Lizardo Montero fueron “decididos y entusiastas correligionarios” del estadista prematura y trágicamente desaparecido. Y añade el Almirante: “Hicimos siempre justicia a sus virtudes cívicas, a la entereza de su carácter, a la levación de su talento y a todas las prendas personales que adornaban a ese hombre singular”⁴.

Grau acepta ser candidato del Partido Civil, en las elecciones de 1876, y obtiene una curul en la Cámara de Diputados como representante titular por Paita. El desempeño de sus funciones en nuestra Marina de Guerra, donde llegó a desempeñar incluso la Comandancia General, pospuso su incorporación a la Cámara hasta 1878. Es digno de señalarse que en un clima político tan encendido y beligerante, como el que vivió el Perú en aquellos años, la elección de Grau al Parlamento fue recibida con aprobación e incluso entusiasmo por todos los grupos políticos. Miguel Grau, el marino civilista, recibió la enhorabuena de “La Patria”, vocero periodístico del más sañudo adversario de los seguidores de Manuel Pardo: el pierolismo.

En la columna “A granel” que habitualmente escribía el periodista biliviano afincado entre nosotros, Julio Lucas Jaimes, se publicó el sábado 5 de agosto de 1876 lo siguiente: “Ayer se aprobó la elección del señor Capitán de Navío don Miguel Grau, diputado por Paita. Rrepresentantes como Grau —prosigue la nota— llenos de noble entrega y dignidad jamás dementidas, serán un refuerzo honroso para la Cámara que necesita de hombres independientes. Le enviamos nuestras felicitaciones tan sinceras como espontáneas”⁵.

En un ambiente cargado de pasión, como ya hemos dicho, en que los diarios lanzaban a sus adversarios políticos los más duros, calumniosos e incluso soeces calificativos, Miguel Grau consigue, sin jamás solicitarlo, unánime aplauso, aprobación y respaldo para su persona, como si una premonición se apoderase de todos los espíritus y les hiciera comprender que el nombre Grau sería, por mandato del destino, símbolo de unidad, confluencia de las más encontradas opiniones que, sin embargo, mostraríanse acordes en su respeto y admiración por un hombre justo.

Así, pues, en Grau se concilian dos responsabilidades. Por un lado, las inherentes a su profesión de marino. Por el otro, su compromiso político con el Perú a través del Partido Civil, decisión legítima a la que llega, como hemos dicho, sólo para servir, para dar los aportes de su prestigio, capacidad y patriotismo.

Hace más de un siglo nuestro país vivía también una severa crisis económica. El quehacer político, en esas graves circunstancias, no era un privi-

legio ni propicio a la lisonja. Era por lo contrario, abrumadora responsabilidad, máxima exigencia a la que había que dedicar todas las horas y el pleno esfuerzo.

En la Cámara de Diputados Miguel Grau da cumplida muestra de una de sus virtudes más preclaras: la modestia. En las legislaturas en que intervino pudo alternar con destacados talentos políticos como Chacaltana, Cisneros y Ribeyro. Grau pedía la palabra pocas veces y comentaba en tono risueño como sus amigos más íntimos “que no conocía los usos parlamentarios”. Pero no dudó nunca en opinar sobre aquellos asuntos que conocía y dominaba por su formación profesional.

El diputado Grau, mejor que nadie, sabía de las carencias de nuestra Armada, de la tremenda desventaja en que ésta se encontraba respecto a la de nuestro eventual adversario en el Pacífico. Eran días, además, en que la creciente tensión internacional en el sur presagiaba la inminencia de una guerra cuyas primeras acciones, lógicamente, debían librarse en la mar.

Sin embargo, pese a que se acentuaba la gravedad de la crisis, no se tomaron las acciones correctivas que Grau había solicitado en su Memoria de 1878 como Comandante General de Marina. Era éste un documento meditado y minucioso, un diagnóstico acertadísimo de la realidad de nuestra institución naval. Desgraciadamente las recomendaciones y pedidos de Grau no fueron escuchados. Se puso oídos sordos al clamor de nuestra Marina de Guerra y hubo, incluso, personajes de menguadas miras que sin comprender el papel prioritario que debe tener siempre todo lo que atañe a la defensa nacional, pidieron recorte de partidas y hasta abogaron, mezquinamente, por la supresión de un maquinista del vetusto y cansino monitor “Manco Cápac”, con el absurdo argumento “de hacer economías”. Levantose al punto la voz del diputado Miguel Grau para protestar con energía por tan infundado pedido que a la postre sería desechado.

Al comenzar 1879, “nuestro año terrible”, la crisis económica cada vez más asfixiante y la inestabilidad política se confabularon definitivamente haciendo imposible la compra del material bélico naval que el Perú requería en forma desesperada. Al llegar la guerra con Chile de nada nos valió tener mejores marinos, que éstos tomaran siempre la iniciativa en las acciones pese a contar con buques obsoletos muy inferiores a los del enemigo que podía disfrutar en ese momento de los últimos adelantos de la tecnología naval con unidades de mayor tonelaje, mejor blindaje, mejor artillería y con proyectiles perforantes.

Con su débil monitor “Huáscar”, nuestro Almirante, “que era la Patria sobre el mar”, como dijo el poeta, logró un verdadero milagro prolongado aun por varios meses una contienda desigual cuyo resultado, por implacable lógica, nos tenía que ser adverso en algún momento.

Hoy, a ciento tres años de la epopeya de Angamos, este 8 de octubre tiene para nosotros connotaciones muy especiales. La inmólación de Grau, el ejemplo del héroe Grau, las inquietudes del diputado Grau, del marino

Grau, han fructificado en terreno fecundo. Esta mañana ha sido puesta a flote la fragata misilera BAP "Montero", la primera de dos que construye el Servicio Industrial de la Marina en el Callao que irán a reforzar a las de nuestra Escuadra. Son, lo digo con orgullo de peruano, los buques de fragatas Carvajal y Villavicencio, ya en servicio, y a las demás unidades superficie más poderosos del Pacífico Sur.

Los nombres gloriosos de nuestros marinos de hace un siglo, inscritos sobre el acero de los buques donde ondea orgulloso y seguro el bicolor nacional, se reúnen otra vez sobre la mar para ofrecerse, ante propios y extraños, real y paradójicamente, como símbolos de la constante vocación pacífica del Perú. Como prueba de nuestro aserto acudamos, una vez más, a la Historia. Hasta 1874, en que Chile adquiere los blindados con los cuales lograría imponerse en 1879, nuestra nación había mantenido la preeminencia indiscutida en el mar descubierta por Balboa. Una hegemonía que, bueno es tenerlo presente, no generó nunca inquietud o temor entre los países vecinos al nuestro con litoral sobre el Pacífico. Un dominio que, por lo contrario, se puso al servicio de los comunes intereses que nos vinculan con los pueblos hermanos, cautelando desinteresadamente la soberanía de los mismos y disuadiendo con el poder de nuestros buques cualquier intento neocolonialista que hubieran podido alentar potencias extracontinentales.

Sin embargo, cuando esa superioridad pasó a manos de Chile, comenzó a perturbarse inmediatamente la paz en el ámbito geográfico que hoy llamamos Cono Sur. Se desató el afán expansionista del gobierno de Santiago. Primero con la Argentina, después con Bolivia y el Perú, Chile quiso obtener u obtuvo por la fuerza aquello que le negaba la ética, la razón y la justicia.

Perú y Chile hicieron uso muy distinto del poder naval. Para nosotros fue constante garantía de paz, instrumento de progreso y fraternidad americanista. Para Chile, fue la pieza clave sobre la cual estructuró sus planes de conquista territorial en desmedro de otros países.

Creemos que la etapa más trágica de la historia nacional pudo evitarse si en 1874 se hubiera logrado equilibrar la correlación de fuerzas navales entre el Perú y Chile. Desgraciadamente no se pudo y nuestra primera línea de defensa, el mar, quedó inerme. No es exagerado decir por ello que la guerra del Pacífico comenzamos a perderla en 1874 cuando abdicamos de nuestra supremacía en el mar.

Cuando los peruanos de hoy decimos que jamás volverá a repetirse la tragedia de 1879 estamos expresando algo que se sustenta en una realidad tangible y poderosa —nuestra Fuerza Armada— y no sólo en buenas y patrióticas intenciones. Sin arrogancia pero con firmeza estamos convencidos que la Marina de Guerra del Perú —fuerte no sólo por su material ahora acrecentado con la misilera "Montero", sino fundamentalmente por la capacidad profesional y el espíritu de los hombres que la conforman—

es el más firme seguro para conservar la paz o para lograr la victoria en el caso de una contienda que no deseamos y que no provocaremos.

Terrible y dramático el sino de nuestros héroes navales en la guerra con Chile. Serlo, no porque circunstancias imprevistas hicieran surgir, cual rayo luminoso, la inmolación y la proeza, sino porque culpas y errores de otros hicieron inevitable que arriesgaran sus vidas, seguros de perderlas, por la aplastante superioridad naval del enemigo. Se podrá argumentar que no existe nunca el sacrificio inútil, que sin Grau en Angamos no tendríamos derecho a llamarnos nación. Pero la guerra tiene también una moral especial que aconseja la previsión necesaria para ahorrar vidas y tomar todas las acciones encaminadas a lograr el triunfo.

Señores:

A ciento tres años del combate de Angamos y como el mejor homenaje a la sagrada memoria de Grau y de los hombres que junto a él supieron cumplir con su deber, cerremos filas todos los peruanos, ahora y siempre, en torno a un prioritario e invariable objetivo nacional: no descuidar nunca nuestro poder naval.

Muchas gracias.